

La Balada de Berenice

Muchas lunas han cruzado los cielos desde entonces. Muchos Reyes han gobernado y muchos Reyes han caído desde entonces. Muchos vientos han erosionado las montañas del Mundo bajo el cielo y muchas han sido las que han cambiado desde entonces. Muchos héroes de leyenda brillan desde entonces y muchas son las baladas que los recuerdan. Muchas son las estrellas que brillan en lo alto, en la Bóveda de los Tiempos, iluminando las noches oscuras del Mundo, pero ellas no cambian, nacieron con el Mundo en los Días Antiguos y morirán con él cuando el Fin llegue. Los Dioses y sus hijos, mortales o inmortales, todos moraron en el Mundo una vez, pero solo algunos lo abandonan tras la muerte. Fuertes son los Reyes, con grandeza y poder, los Reyes de los hombres, de los elfos, de los enanos bajo las montañas o los Reyes Oscuros del Norte. Majestuosos y respetados, amados u odiados, todos deben abandonar su reinado sobre la Tierra algún día, y ese día llega. Todos ellos son o fueron recordados, los olvidados murieron para siempre, pero los recordados aun viven en las Baladas de la Historia. Muchas y muy extensas son, en verdad. He aquí que se habla de la Balada de Berenice, la Hija de las Estrellas, como la llamaron los elfos tras su nacimiento, bajo la belleza del cielo nocturno. La balada nos lo cuenta con música y con palabras, las palabras más bellas de la lengua élfica más bella entre las lenguas que se escucharan algún día en el Mundo. Aquí se hablará de la balada, traducida a nuestra lengua mundana para que pueda ser entendida y recordada entre los nuestros durante largos años.

La balada habla de los Días Antiguos, cuando los hijos de los Dioses poblaron por primera vez el Mundo, muchos siglos antes de la llegada de Berenice. Los elfos llegaron de la mano de sus padres, con el don de la sabiduría, la belleza, la magia, la templanza y la inmortalidad entre otros muchos. Los primeros nacidos llegaron a la Tierra de Aradán, o así la llamaron ellos. Entre montañas, valles, ríos y mares extensos; mucho ha cambiado el Mundo desde entonces. Doce casas se formaron, las doce Altas Estirpes de los Elfos, los Primeros Nacidos, éstas fueron o así se recuerdan: La Alta Estirpe de Menedhrassé, amantes de los mares y los ríos, de ahí su nombre pues significaba los amantes de las aguas. La Alta Estirpe de Avaniissían, los que amaron la luz. La Alta Estirpe de Barafundär, los que huyeron de la luz desde el primer momento internándose en los bosques. La Alta Estirpe de Cardonón, los Hechiceros, se asombraron en un primer momento con la magia, pero la amaron y aprendieron a canalizarla. La Casa

de Cardonón siempre se impuso sobre las demás, junto con la Casa de Avanissián. La Alta Estirpe de Anaereá, diestros en la caza, los cultivos y los animales. Los anaeranos siempre fueron inferiores al resto, ya que los elfos desde un primer momento odiaron trabajar con las manos. La Alta Estirpe de Hirinen, los Olvidados, poco se recuerda de ellos, abandonaron la Tierra de Aradán los primeros y se perdieron entre las bastas junglas del Mundo, donde los hombres aun no han llegado por su propio pie. La Alta Estirpe de Laentis-Anne, los viajeros. La Alta Estirpe de Gelidén, amantes del fuego, la noche y las estrellas. De ellos se habla en la Balada de Gelidenos, fueron los primeros en ver las estrellas y las amaron más que ningún elfo sobre el Mundo. La Alta Estirpe de Quivarén, que vivieron en las montañas y habitaron con los primeros dragones. La Alta Estirpe de Firindain, los Artesanos. La Alta Estirpe de Yandalath, los Castigados. La Alta Estirpe de Assëe, los Predilectos. Éstos gobernaron en Aradán en un primer momento.

La Balada de Berenice, como muchas otras, narra el Comienzo de los Tiempos y las Primeras Batallas de los Elfos, donde muchos debieron partir al exilio, encontrando lugares diferentes en el Mundo para habitar, pero también habla de como aparecieron unas joyas mágicas que terminarían por ser símbolo de los Primeros Nacidos y de cada una de las Doce Altas Estirpes de los Elfos. Se cuenta que las mismas Dianae, Diosa elfa de la Naturaleza, los Animales y la Vida y su hermana Moulth, Diosa de los Sueños y las Estrellas, acudieron a Firin, Rey de los Firindains y le bañaron con su poder cada una de las joyas, consagrándolas. Firin las llamó: las doce Flores de Aissed. Más tarde, con el paso de los largos años, las guerras, las uniones, las épocas de paz y de sangre, las doce Casas de los elfos se distanciaron y cada una guardó con recelo su Flor de Aissed. Las joyas tenían la asombrosa forma de una flor, eran bellas y poderosas, en ellas se guardaba el secreto de la vida, la luz, la belleza, la maldad, la oscuridad, la sabiduría, el conocimiento, la paz y la muerte, de la piedad, de la clemencia y la benevolencia. Se cuenta que en cada una de ellas, Moulth guardó la luz de una estrella.

La Balada de Berenice nos habla de algunos de los acontecimientos que sucedieron tras la llegada de los hombres al Mundo, de las vueltas que dieron sin cesar las Flores de Aissed, y del nacimiento de Berenice. Cuenta que la luna acudió a ver nacer a la niña y que las estrellas se reflejaron en su mirada desde aquel día. Berenice nació entre los elfos de la Casa de Gelidén y éstos la llamaron la Hija de las Estrellas, al ver en sus ojos la luz de la belleza que alumbraban desde los Días Antiguos en los cielos nocturnos del Mundo. Desde el primer momento se dijo que Berenice era la predilecta de Moulth, que en ella se reflejaba su luz, su belleza y su armonía. Se decía que Moulth la


protegía más allá del Mundo y que su destino había sido escrito, pero solo conocido por la Diosa de los Sueños y las Estrellas. En la balada se cuenta cuando los hombres llegaron a la Tierra de Lusituria, la que éstos llamaron el Nuevo Mundo, y donde los gelidends se encontraban por aquel entonces. Cuando Berenice no era más que una niña, estallaron las primeras guerras de los hombres en el Nuevo Mundo y muchos de los gelidends se vieron obligados a alejarse de su amada Lusituria, exiliados hacia Ûlathar, otro gran continente que casi no había sido explorado, a lo que llamaron el Viaje Secreto. La Alta Estirpe de Gelidén no desapareció en ese momento, pero sí se separó, bajo el lamento de muchas familias. Berenice fue una de estas exiliadas que realizó el Viaje Secreto al Viejo Mundo y su familia se vio separada por largo tiempo. Los refugiados gelidends que llegaron a Ûlathar se escondieron en las frondosas selvas tropicales al sur del Gran Volcán, donde forjaron un nuevo hogar. De todo esto, de la separación de los gelidends y del Viaje Secreto, poco saben hoy los hombres. Berenice pasó largo tiempo apenada, paseando por las noches del bosque, observando inquieta las estrellas y la luna. Se maravilló con lo que encontró al otro lado del Gran Océano, con los árboles y las flores, los murmullos de las aguas y los vientos silbando sobre las montañas, pero su corazón se había helado en el exilio y añoraba su verdadero hogar, deseaba ver a su familia sobre cualquiera de las bellezas de esa nueva tierra. Pasaba los días y las noches danzando y cantando entre los pastos y los árboles de sus bosques, las notas eran tristes pero bellas.

Un buen día, cuando la luz del sol caía radiante sobre su melena ondulada, paseó cerca de los lindes de su reino, donde ya lo hombres comenzaban a llegar. Muy pocos eran los hombres que se internaban en el bosque, lo temían y respetaban y pensaban que solo estaba habitado por bestias y animales furiosos. Cuenta la balada que un joven explorador seguía el rastro de alguna bestia y que por obra de los guardianes del bosque, lo había perdido y se había extraviado. El joven muchacho se llamaba Grain, había viajado por muchos caminos y senderos, muchas leguas había recorrido persiguiendo a la bestia hasta llegar a la basta jungla, allí dando por perdida su causa, solo buscaba desfallecido el camino de regreso. Ese día, Grain, caminó siguiendo un riachuelo, esperando salir del bosque. Llevaba largo rato caminando cuando se detuvo a descansar, fue entonces cuando escuchó un suave y bello murmullo que se entrelazaba con el canto del riachuelo. Intrigado, continuó, buscando el origen de ese murmullo. Continuó por el río y de pronto, ocultándose tras unos arbustos, vio a Berenice danzando sobre las aguas del riachuelo. Observó perplejo como la muchacha cantaba y bailaba, nunca nadie sintió tanta fuerza como Grain en ese momento. ¿Qué belleza y magia se contorneaba y moldeaba sobre el río? Una silueta del sueño, una melena que ondulaba cautelosa sobre

la espalda, oscura y brillante. Una voz suave y cautivadora. Una paz radiante. Movía las manos sobre la cabeza, sensual, maravillosa, armónica pero salvaje y misteriosa. Unos labios finos, preciosos, apasionantes, sintió el impulso de besarlos solo por un simple vistazo. Los ojos. . . no sabía que había en ellos pero le fascinaban, brillaban con una suave luz blanca, con la magia y la belleza de las estrellas en el firmamento. . .

La Balada de Berenice

Memorias Olvidadas

 Darka Treake, 2001

www.modt.net